

# LOS VIGÍAS DEL CERRO NEGRO

**Ariel Sevilla**

ILUSTRACIONES DE **Nadia Romero Marchesini**



# LOS VIGÍAS DEL CERRO NEGRO

**Ariel Sevilla**

ILUSTRACIONES DE **Nadia Romero Marchesini**

**LCHACA .I. ICHECA .I. ICAA<sup>1</sup>**

**(UNO)**

**1** La numeración de cada parte de este libro, que va del uno al nueve, se enuncia en millcayac.



**F**altaba muy poco para que finalizara la luna de la cosecha de papas, que era también la del descanso y la del arado del suelo, junio según el calendario incaico.

Y tres amaneceres con sus plenas mañanas y mediodías, con sus atardeceres y anohecidos, con sus plenas noches y medianoches fueron cruzándosele mientras avanzaba por el Qhapaq Ñan, el “Camino del Rey”.

En un momento, sin detenerse, el chasqui elevó sus ojos para posarlos en Inti: el divino sol reaparecido.

El dios inca lo encandilaba en el cenit haciéndole dudar si la intensa nevada que acababa de cesar no había sido una ilusión. *No te pido que acortes el camino, dame fuerzas*, le imploró esperanzado el jovencísimo mensajero.

Tenía quince años, tres menos de los exigidos para ser un hombre-correo del rey. Había comenzado su

entrenamiento físico y mental a los siete, al igual que los demás aspirantes a chasqui. Y no podrían haberle elegido un nombre mejor.

Akapana.

“Pequeño huracán” en quechua.

Nació con los talentos necesarios para ese oficio: tal vez los traía en la sangre, su abuelo y su padre habían sido chasquis; o quizás así lo propició la Pachamama; o acaso Inti sospechaba que algún día iba a necesitarlo para una tarea trascendental como la que estaba cumpliendo. Y desde muy temprano en su vida, había demostrado ser el más aventajado y responsable, y menos perezoso de los aprendices. Sus piernas más fuertes y ligeras que las de los otros; el más hábil corriendo y también escalando montañas; atrevido como ninguno para vencer precipicios y selvas; sus pulmones extraordinariamente desarrollados para doblar increíbles distancias a la velocidad de un pequeño huracán.

Aunque esta vez, no era esa exigencia física ni el humor del invierno. Era el peso del mensaje que debía transmitir lo que, como nunca, a esa altura de su marcha por el Qhapaq Ñan le hacían sentir la distancia y el tiempo más pesados que lejanos.

Descansado, bien alimentado y frente a una perenne fogata, en ese tampo había aguardado a ser el

último emisario de lo que quedaba de la misión. La ansiedad lo había empujado a prepararse con anticipación. En la espalda cargaría un atado de alpaca con víveres y el valioso quipu; en sus manos, una honda y una porra que iba a usar por si debía defenderse; con una pluma blanca en la cabeza lo reconocerían desde lejos; y para no perecer congelado, cubriría su túnica con una grosísima capa de lana de llama.

Así, cuando fue su turno, empezó a recorrer el ancho empedrado. Ese que luego de tres amaneceres con sus medianoches, sin jamás detenerse, sentía impreso en las plantas de los pies ya ateridos por el frío que le traspasaba las sandalias.

*Adorado Inti, no te pido acertarme el camino, tampoco que apures el tiempo. Te ruego fuerzas...,* volvió a implorar al dios que esparcía su luz desde lo alto. *¡Fuerzas para arribar al final de mi ruta!*

Desde el Cusco, “ombligo del mundo” y capital del imperio, habían partido a la misma vez decenas de hombres-correo con un idéntico mensaje en sus memorias.

Pero los quipucamayoc además lo habían compuesto en quipus: la gravedad y la urgencia y la amenaza exigían una certeza de que, más que nunca, el

mensaje llegara preciso, detallado, íntegro a quienes debían descifrarlo.

La misión era irradiar un anuncio y un pedido.

Y por el Qhapaq Ñan, los chasquis lo fueron propagando. Con muy poca diferencia de tiempo, el mensaje apremiante fue arribando a todos los rincones de las cuatro regiones. A cada provincia, comunidad y ayllu; también a los pueblos que en un pasado no muy lejano habían aceptado ser conquistados por los incas.

La reacción fue la misma en esos destinos. Luego de escuchar a los chasquis e interpretar los quipus, los curacas o los caciques convocaban a su gente; retransmitían entonces el anuncio y el pedido, que en realidad eran un ruego por una última esperanza.

El oro y la plata que se fundían con el fuego de las huayras debían tener sin pérdida de tiempo un único objetivo: salvar a Atahualpa.

Salvar al elegido por Inti.

Salvar al soberano del Imperio inca.

Atahualpa: el más poderoso entre los incas estaba condenado. Había que pagar por su vida. Y su supervivencia dependía del fuego de esos “hornos”.

También las joyas deberían sumarse como moneda para saldar la traición.

La traición del invasor.  
Del kunkistadur, el “hombre blanco”.

Ese objetivo también insuflaba la inquebrantable voluntad de Akapana para no quedar a mitad del camino. Un camino que mucho antes de pisar ese valle enclavado en la cordillera se había transformando en un tenue sendero. Un sendero bajo la nieve que él entendió como una señal.

En pleno vuelo, un formidable cóndor lo observaba llegar adonde le habían ordenado llegar: Uspallata, “Pueblo embolsado”, en el extremo sur del imperio. Ahí, donde concluiría su misión y habría de comenzar la de las tribus del lugar: un grupo de huarpes, los hijos de Hunuc Huar, el mayor de sus dioses y que vivía en la montaña.

Akapana se encontraba en una planicie bordeada por un ancho río; el caudal barroso y enérgico corría por debajo de la densa lámina de hielo. A ambos lados y a mucha distancia entre sí, las laderas andinas mantenían oculta la roca multicolor bajo varias capas del blanco que fueron acumulando las nevadas.

En ese momento el sol les ganaba la disputa a las nubes: le brindaba luz suficiente para que, desde lejos, el muchachito divisara las enramadas above-



dadas que formaban techos de viviendas excavadas bajo el ras del suelo.

El chasqui sopló el pico del pututu para anunciarse con el sonido que generaban las vueltas del interior de un caracol marino.

Fue su último esfuerzo. Con ese soplido casi perdió el aliento que le quedaba.

Un grupo de huarpes abandonaron los trabajos, habían estado buscando bajo la nieve piedras para fabricar herramientas, puntas de flechas, conanas con las cuales moler maíz o algarroba.

Solo cuando el Akapana los vio acercársele para recibirlo, se permitió liberar la fatiga reprimida en todo su cuerpo y su mente.

El esfuerzo y el peso del mensaje, y el alivio de al fin haber arribado, desentramaron las ráfagas de ese pequeño huracán.

Se redujo entonces a un remolino.

Al instante, fue apenas polvo precipitándose al suelo...



*Mendoza, 15 de setiembre del año de Nuestro  
Señor de 1861*

*Al Ilustrísimo i Reverendísimo Sr. Obispo  
Diocesano de Cuyo  
Dr. Dn. Fray Nicolás Aldazor*

*Sé que ha ido recibiendo noticias sobre la  
trágica noche del 20 de marzo de este año i de  
todo lo que siguió i se mantiene hasta hoy.*

*Por ello sólo me limitaré á decirle que la  
infortunada ciudad de Mendoza se ha transformado  
en un cementerio. Más bien se me antoja que el  
desolador paisaje se muestra cual un cementerio  
infinito. A diario se rescatan restos de los cadáveres  
de hombres, mujeres, niños i ancianos para quienes las  
paredes i techos de sus hogares, las iglesias i cuanta  
construcción daba albergue á las jentes fueron primero  
sus asesinos i después sus sepulcros.*

*Dios se apiade de esas almas.*

*La demora de ésta, mi primera carta desde la noche del cataclismo, tiene un motivo. Luego de contribuir en las prístinas horas á bendecir los cuerpos antes de ser quemados en las piras callejeras i de reconfortar el espíritu de los heridos ó de los sobrevivientes, caí en un desasosiego que muchos confundieron con locura. Fui hasta hace no mucho presa de fiebres, terrores nocturnos i alucinaciones aún con la luz del sol entrando en mi habitación. Si bien ya estoy restablecido, todavía se mantiene en mis noches cierto sueño sobre el cual le mencionaré más adelante.*

*Recién antes de ayer el Dr. Dn. Primitivo de la Reta me autorizó á retomar mis funciones en la Parroquia de San Miguel Arcángel, á donde estoy asignado por Usted desde hace casi ocho años. Hoy en la capilla, que quedó en pie pero se sostiene apuntalada, oficié todas las misas dominicales i, aunque sin fuerzas, ya pasada la hora de los maitines decidí sentarme á escribirle ésta que sospecho concluiré al amanecer.*

*Necesito narrarle para que a posteriori Vuestro Ilustrísimo adopte una decisión que considere la mejor.*

*La culpa me corroe. Y aunque á un hombre de fé como yo le cabe pensar que lo sucedido el 20*

de marzo pasado responde á la intercesión de Dios sobre lo que Él ha creado, temo estar convencido de algo: la ira destructora de una ciudad completa i de miles de vidas provino de otra fuerza.

Espero que lo antes escrito no le haga sospechar que en efecto lo mío sea locura ó herejía i Vuestro Ilustrísimo deje de leer. En todo caso, le ruego que avance en mi relato para que al final del mismo saque sus propias conclusiones.

*Redundo: necesito contarle.*

Mi desdicha se inició la madrugada del 3 de enero del corriente. Me ocupaba yo de preparar los oficios para las Pascuas, cuando golpearon á la puerta de la sacristía. Como Usted sabrá, golpes á esa hora en una iglesia sólo significan que urge nuestra presencia ante un moribundo. Y previo á atender, preparé lo necesario para aplicar la extremaunción á quien fuera lo necesitase.

En el umbral hallé á un pequeño de unos nueve ó diez años. Era uno de los hijos de una familia que habita el caserío que los indios tienen en El Challado; es un barrio ubicado al pie del monte, á unas cuantas leguas al Nordeste de esta capilla. El chicuelo había corrido descalzo la distancia que hay desde ese sitio para avisarme que Mariano Sevecho se moría.

Confieso haber pensado: “Ya era hora, pobre alma”. El tal Mariano había sobrepasado el siglo de vida i porfiaba en seguir pisando este mundo, como si su sangre india lo empujara á resistirse al juicio de Nuestro Señor.

Un vecino al que debí sacar de la cama nos acercó en su carro hasta el barrio en El Challado. Una vez ahí, me guiaron á la miserable choza con paredes de barro, techo de caña i de monte donde el indio Mariano vivió solo su alma desde que todos tienen uso de la memoria.

Si miserable era la choza por afuera, su interior me resultó roñoso i mugriento. La paupérrima luz de una vela me permitió identificar sobre un catre desvencijado el resabio de piel, huesos i suciedad que era aquel desgraciado. Mas pese á su estado, al notarme abrió inmensamente los ojos i pensé: “Mariano se arrepintió de expirar esta noche”.

Con un hilo de aire, me dijo que no quería morirse i creyendo yo que lo desesperaba no expiar sus pecados á tiempo, le aseguré que recibiría el último sacramento. Mas él me aclaró afónico como estaba que no era eso lo que requería de mí, sino que en su aciaga hora le urjía revelarme algo.

Entretanto yo sacaba el hisopo con los óleos le pregunté cuáles eran sus pecados, pero Mariano



bramó casi ahogándose en toses: “¡Nada de pecados, padrecito Salvador!”. Al calmarse, quedó en silencio unos minutos i entonces volvió á hablar para decirme que se moría solo i que por eso no quería llevarse consigo un secreto.

Por piedad me dispuse á escucharlo. He aprendido que nada se le niega á los que agonizan.

Comenzó á explicarme que era el último descendiente de un cacique guarpe. Sevecho era la deformación de su apellido orijinal, tal como ha ocurrido con muchos de sus “antiguos”, apelativo con el cual los guarpes se refieren á los ancestros.

Mariano me aseguró que ese antepasado había sido cacique en Uspallata en los tiempos del Atahualpa. En un enredo de palabras, que atribuí á un desvarío de moribundo, me explicó que su padre le había contado lo que á su turno su padre hubo escuchado de su padre i eso era lo que necesitaba revelarle á quien escribe ésta.

Y después de nuevas toses, al punto el guarpe Mariano añadió que el secreto tenía que ver con un tapado.

Lo transcribo tal como él lo refirió: tapao.

**C**aminás por un atestado pasillo del Palacio Judicial. Vas a la playa de estacionamiento a encontrarte con él. Los empleados que se cruzan te saludan anteponiendo “doctora” a tu apellido y eso suena estimulante.

Con veinticuatro años recién cumplidos sos la ayudante de fiscal más joven del fuero civil de Mendoza. *¡Todo un logro, Paola Taglio!*, te jactás igual a como lo hiciste hace tres meses cuando ganaste el puesto; tan autocentrada que ni siquiera te jode que en esta acelerada carrera profesional tu vida sentimental esté en la ruina.

*Un gran logro, doctora Paola Taglio, pese a que el derecho de piso salió caro*, sonreís al recordar que al principio las inmensas y emocionantes expectativas se fueron volvieron liliputienses. La tarea se reducía a asuntos como declarar la insania a una mujer pocos años mayor que vos, alborotadores desalojos, incessantes conflictos entre vecinos por una medianera.

*Pero ahora es diferente*, pensás mientras descendés a la planta baja en el ascensor.

El “pago” quedó saldado y trabajás para Arturo Salazar. Es un fiscal más temido que respetado, con aires marciales y que, pese a imaginarlo como un yacaré canoso, te lo bancás porque significa una novedosa ruptura a la tediosa cadena de procesos en los que hay mucho papel y burocracia, poca acción y nada de adrenalina. Pero por sobre todo calculás que el alcance de los resultados de tu aporte a su trabajo va a jugarte a favor: una prolija instrucción del caso podría ser el trampolín hacia un cargo judicial más elevado.

Y ahora, mientras en el *hall* de ingreso se repiten los “Buenos días, doctora Taglio”, te sentís imparable, expeditiva, brillante. Aunque a veces llega el pánico por estar involucrada en un asunto intrincado y preferirías ser una abogadita junior en un estudio jurídico, ocupada en hacer trámites o sirviendo café a viejos “cuervos” con doble apellido. Pero en el acto esas ideas derrotistas desaparecen por la convicción de que vas a poder: tu autoexigencia siempre te ayudó a avanzar más rápido que otros, tanto que los dos últimos años de la facultad los hiciste en uno.

Ya estás fuera del edificio y recapitulás.

La causa que instruye Salazar se inició en Uspallata. Ahí, en plena alta montaña se halló una sepultura



huarpe con importantísimos restos arqueológicos que tendrían casi cinco siglos. Y la resolución del asunto está atada a un testamento y a una carta que fueron escritos a principios de la década de 1860 pero que aún no leíste.

Tu función es sumar eso y todo lo que encuentres para engrosar el expediente. Salazar lo quiere sobre su escritorio antes del inicio de la feria judicial de julio para determinar si lo eleva o no al juez.

De llegar al magistrado, deberá dictaminar si mantiene o desestima el recurso de amparo que las comunidades huarpes del departamento de Lavalle, en el norte de la capital mendocina, interpusieron para que el enterratorio y su contenido permanezcan inalterables.

Y cuando vas acercándote al punto de encuentro, ponés en claro lo que Salazar te adelantó al hacerte cargo de la parte que te corresponde en esta instrucción. “Si el juez falla a favor de ese pueblo indígena —te dijo—, estaría reconociéndole la propiedad del sitio donde se encuentra la sepultura. Eso, a la vez, sentaría un antecedente para avalar un reclamo aún mayor: la devolución de las tierras que los huarpes consideran les pertenecen por herencia, no solo en Uspallata, sino también en otras partes de la provincia donde habitaron sus ancestros. Ahora bien, si el juez desestima esa acción de amparo —Salazar expuso la otra cara de la moneda—, el hallazgo pa-

saría a ser Patrimonio Cultural de la Provincia y el gobierno tendrá facultades para disponer de él. Con eso, los arqueólogos que descubrieron el enterratorio hace dos años van a poder reiniciar sus investigaciones y después, exponer lo encontrado en un museo”.

Situación compleja. Por eso pasaste todo el día de ayer, feriado del 1.º de mayo, enfrascada en tu departamento ordenando la información que has recopilado sobre el asunto.

Ya estás en la playa de Tribunales y esperarás a Mauricio La Capra. El doctor en Arqueología, uno de los que hallaron el motivo del conflicto, posee copias de documentos clave y esperarás que su aporte ayude a desentramar lo que enmaraña a esta causa.

Lo ves llegar en un *jeep*, que debajo del barro parece ser blanco. Cuando está frente a vos, te estrecha la mano y se disipan a medias los prejuicios que tenías sobre los de su especie. Lo imaginabas hosco, pedante y de aspecto descuidado: uno de esos *geek* con títulos y honores a quienes nada más les emociona desenterrar huesos viejos.

—¿Puedo llamarte Paola? —Su saludo es espontáneo.

Y debés tragarte la otra mitad de prejuicios. Resulta ser un cuarentón simpático, bastante atractivo y cuidadoso en su aspecto pese al detalle de la tierra en sus borceguíes que, según tu estrictísimo crite-



rio, deslucen por entero su *look* a lo Indiana Jones en versión metrosexual.

—Por supuesto, doctor La Capra —respondés sin dejar de notar sus lúcidos ojos celestes, pero dándole la mano con cierta rigidez para que no se pase de vuelta y te agarre del codo.

—Llamame Mauro. —Se da cuenta de tu actitud—. Y vamos yendo, Paola, es mejor llegar antes del mediodía. En esta época del año, el sol se pone picante a esa altura y cuando menos lo esperarás, te pela hasta la nuca. —Le recibís un sombrero de explorador estilo safari igual al suyo—. Va de regalo.

—Okay, Mauro. —Tratás de sonar piola para quedar a su altura y te ponés el sombrero suponiendo: *Cualquiera pensaría que me voy a cazar elefantes.*

Ya están fuera de la ciudad. A ciento veinte kilómetros por hora transitan la rectilínea que va a hacia el norte. Y como si entre ustedes hubiera surgido una conexión telepática, La Capra aclara:

—Sí, lo sé, conviene tomar la ruta internacional a Chile. Pero llegar a Uspallata por este camino tiene otro encanto. Una onda... —Lo piensa un segundo y parodia—: Las callecitas de Buenos Aires tienen un no sé qué...

Lo asumís: el tipo es cautivante y por tu jueguito de asociar a las personas con animales, dirías que es un puma con ojos celestes. Pero disimulás ese principio de fascinación con una pregunta que va al grano:

—Contame, ¿cuándo comienza todo esto?

Además de simpático y atractivo, es un excelente narrador y habla como no imaginabas que podía hacerlo un científico, interrumpiéndose cada tanto para preguntar: “¿Cachás lo que quiero decir?”.

—Luego de una década de investigaciones, la campaña arqueológica que lidero para el Instituto Provincial de Antropología, del cual soy director, encontró un enterratorio huarpe. Además de un fardo funerario y otros objetos, en el foso hay una notable cantidad de oro y plata, y un quipu. Dataría de los tiempos posteriores a la dominación incaica.

—¿Y eso fue...?

—¿La dominación inca a los huarpes? Hay discrepancias, pero probablemente entre 1471 y la década de 1490.

La cabina del *jeep* parece transformarse en un aula de la facultad donde La Capra es jefe de cátedra. Y con la simpatía que, suponés, debe derretir a las estudiantes, te explica que la conquista inca en lo que hoy es Mendoza ocurrió en la época del emperador inca Túpac Yupanqui, cuando el Tahuantinsuyo al-

canzó su mayor expansión y el extremo sur de sus dominios llegaba hasta Uspallata.

—Muchos pueblos indígenas de la actual Argentina rechazaron esa conquista y fueron sometidos a la fuerza. En cambio, los huarpes que vivían en lo que tras la conquista española pasó a ser Mendoza, aceptaron el dominio. Después te muestro un mapa para que cachés todo el espacio que abarcó esa conquista.

”Incas y huarpes convivieron en paz durante al menos tres décadas. A los hijos de Inti solo les interesaba extraer de la zona oro y plata, que los nativos no empleaban. A cambio, los locales recibieron invalores conocimientos y cuando los incas partieron, aquí se habían perfeccionado las acequias para regar los cultivos; en las cerámicas se usaban colores que antes no sabían cómo elaborar: rojo, blanco, negro; y aprendieron a tejer vistosas prendas de vestir. Además, ambos pueblos habrían seguido vinculados.

El arqueólogo detiene el *jeep* a la izquierda de la ruta; desde ahí se aprecia una enorme planicie rodeándolos.

—Esta parada es una cábala: antes de subir la montaña me tomo unos mates.

Se bajan. Vos intentás disimular, pero te castiga el paso de la cabina calefaccionada al viento helado

de ese lugar árido. La Capra saca el equipo de mate y arroja al suelo el primero que ceba.

—Es una ofrenda a la Pachamama para agradecerle de antemano que nos permita pisar su tierra —se justifica y sirve un segundo mate que le recibís.

Él observa la planicie con devoción; a vos te resulta un interminable baldío con yuyos.

—Sé que el enterratorio está a los pies del cerro Tunduqueral. —Lo sacás de su contemplación—. He pasado por Uspallata de camino a Chile, pero jamás me interesó conocer ese lugar.

—Una pena, el cerro pudo ser un hito del extremo sur del Qhapaq Ñan. —Se da cuenta de que no tenés la menor idea sobre qué está hablando.

Aprovecha el barro que cubre el capó del *jeep* y, mientras habla, dibuja con el dedo el esquema de un mapa atravesado por caminos.

—Saliendo del Cusco, los incas extendieron el Tahuantinsuyo gracias al Qhapaq Ñan. Era una red vial andina por la que circulaban los ejércitos y los chasquis con mensajes entre los pueblos conquistados y el emperador. El llamado Camino del Rey llegó a medir unos veintitrés mil kilómetros.

”De norte a sur, estaba distribuido en dos calzadas. Uno de los ramales surcaba la cordillera; el otro,

bordeaba el océano Atlántico. Entre ambos había senderos transversales, igual a una telaraña.

”Además de la pericia que debía tener un chasqui para burlar las colosales pendientes de los cerros, se esculpieron veredas en las laderas de la montaña; levantaron vertiginosas escalinatas en la piedra; y los precipicios se cruzaban por puentes parecidos a hamacas de cuerdas.

”También, a lo largo del camino había tampus que daban refugio a los mensajeros. Entre uno y otro los separaban treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Ahí esperaba un chasqui para tomar la posta, comenzar su corrida hasta llegar al siguiente tampu y ser relevado por otro hombre-correo. Y así de uno a otro hasta que el encargo real terminaba en el destino fijado.

—Algo así como la versión indígena de la autopista digital —acotás.

—Supongo... —Claramente La Capra no entendió lo que para vos pretendió ser una brillante comparación.

Después de un último mate, cuando ya pasó la media mañana, retoman la marcha.

—¿Cómo supieron de la tumba?

—Arqueológicamente lo llamamos enterratorio...  
—La corrección de La Capra no suena soberbia—. Luego de rastrear la zona durante ocho años, en una carpeta con correspondencia que hay en los archivos del Arzobispado de Mendoza encontramos una carta de muchas páginas entre las cuales había un testamento que le dictaron al mismo autor de esa carta...

—Testamento ológrafo. —Ahora vos sonás como si dieras una microclase de Derecho Sucesorio.

Sin soltar el volante, con la mano que tiene libre te pasa una carpeta que llevaba entre los asientos delanteros. Al abrirla, encontrás una fotocopia de esa carta de la cual ya conocías su existencia aunque no habías leído.

—Fue escrita en 1861 por un sacerdote y dirigida a su máxima autoridad diocesana. Leela, Paola, vas a ver que hay párrafos que pasan de la cordura a la más plena de las paranoias. No encontramos documentos posteriores que expliquen por qué jamás fue leída por Nicolás Aldazor, quien por aquellos años era el obispo de Cuyo.

—Si decís que está plagada de incoherencias, quizás alguien evitó que la leyera. ¿Qué pasó con quien la escribió? Este cura... —releés su firma— Salvador Lemos y Sotomayor.

El puma con ojos celestes comenta que los investigadores de su equipo averiguaron que la suerte del autor de la carta tiene toques de leyenda.



—Hemos recopilado diversas versiones sobre qué final tuvo el cura: que abandonó los hábitos para vivir como laico en algún lugar de la provincia. O se ahorcó en el cuarto que ocupaba detrás de la capilla de San Miguel Arcángel, que ahora es el centro de Las Heras, pero en la época en que se escribió ese documento se llamaba Barrio de la Chimba. También hay una versión que dice que pasó sus últimos días sentado contra la ladera del Tunduqueral, flagelándose por alguna culpa o porque quizás se volvió loco.

En la carpeta también aparece el facsímil del testamento ológrafo que necesitabas conocer y sumar al expediente.

—El destino del padre Salvador no es lo que importa. —Intentás sonar fría, aunque en verdad te intriga saber qué le ocurrió al sacerdote—. Lo relevante es que esto es el germen del conflicto. Viene a echar nafta al reclamo huarpe por la posesión de las tierras que ocuparon sus ancestros y donde viven hasta hoy...

—Si de echar nafta al fuego se trata, hay un dato extra que tentaría hasta a un descendiente huarpe. Además del gran valor arqueológico y antropológico, el tesoro sobre el cual reposan esos restos humanos se estima en diez millones de dólares...

—Epa... —Lo que te sorprendió no fue la cotización del hallazgo, sino esa sospecha sobre la verdade-

ra intención que moviliza a los descendientes de ese pueblo.

—Son tremendos los periodistas. Ni los de mi equipo ni yo les pasamos el dato de los diez palos verdes. Tampoco lo que salió ayer sobre la posibilidad de que ese sea parte de un famoso aunque legendario tesoro inca...

—Legendario tesoro y millones de dólares suenan mejor en un titular que —lo parafraseás—, gran valor arqueológico y antropológico, ¿no?

—Suena mejor para más gente de la que imaginás... —Te guiña un ojo.